

ante los imbéciles, una necesidad de afecto y una valentía para estar solo, para rehuir la tentación pero también el peligro de los grupitos, de las galerías de espejos.

Del descreimiento a la fe. Así va Sábato. Es su profunda obsesión. Junto con otros, transitan toda su obra, de principio a fin. Se reiteran. Como él, yo admiro las obsesiones profundas y no creo para nada en los que escriben sobre cualquier cosa, porque aquellas obsesiones tienen raíces muy profundas, y cuando más profundas menos numerosas son.

En todo caso, la infausta fecha de su nacimiento, unido al hecho de llevar el nombre de su hermano muerto, con el agregado de un apellido derivado de Saturno, Ángel de la soledad en la cábala, espíritu del Mal para ciertos ocultistas, el Sabbath de los hechiceros, tiene su compensación en la compulsión de escribir, de dar cuenta, de convertirse en testigo, en mártir, si se quiere en *escogido* por oscuras fuerzas para rendir testimonio del Hombre, de la Vida y de la Muerte, siempre en busca del secreto central de la existencia. Pareciera que esas fuerzas irracionales lo impulsaran, al mismo tiempo que todas las potencias de la razón lo frenaran. De ahí la constante ponderación. Sábato continúa vigilándose; no deja que el sueño lo venza. Carece de la diáfana tranquilidad del médico o del abogado, o del mecánico, que simplemente son, y cuya ética, si la hay, está en relación directa con la humanidad indiscutible de la tarea. No hay discusión en el acto de aliviar el sufrimiento, de defender a un inocente o de reparar un automóvil. Sábato, como dije, no sólo pone en entredicho su pasión, sino el universo mismo donde esa pasión se quema.

Estos escrúpulos, ramificados en diversas direcciones, son consecuencia de las repetidas traiciones a que un espíritu ha estado sometido, y que ya he analizado en mi libro *Entre la idea y la sangre*. Un espíritu en busca de Absoluto, y de los pequeños absolutos que la vida ha ido destruyendo con aplicada rigurosidad. El Pesimismo retorna nuevamente a descubrir su rostro de Regenerador Esforzado. Sábato, espíritu que comprende con clarividencia, no se somete. Un hálito de rebelión constituye su signo, su condena y la única fuente de donde le es posible beber. No someterse a las demostraciones de un universo aplastante es mantener aún encendida la llamita del único triunfo permitido al hombre: la lucidez frente a su condición. A fin de vislumbrarla es necesaria tanta fraternidad que el escritor debe entregarse de pies y manos como *representante* de una especie que, al ser examinada, exhibe pocas razones para el optimismo. Aquí está, se pone a la cabeza, arrastra su obra, su conciencia; con las armas

de la literatura va a combatir al Ángel del Abismo. Sabe que su lucha es prácticamente inútil, porque aquel desgraciado es invencible, pero la lucha en sí guarda un sentido reservado a quienes, como él, no pueden vivir sometidos. Dejará otra vez de lado la ilusión de establecer un tallercito en un barrio de Buenos Aires. Ignora quiénes seguirán de cerca las alternativas de su lucha, pero una esperanza lo sostiene: la sangre derramada, que sin duda será abundante, hará menos fatigoso el camino de quienes hayan tenido la paciencia de observarlo.

Sin darme cuenta he estado definiendo una de las misiones más nobles de la literatura.

### 3. LOS NIÑOS PROFETAS

La frase reveladora, el oculto motor primero de *Abaddón, el exterminador*, hay que buscarlo en ciertas palabras de Bruno, especialmente en aquellas que dicen:

#### *Paralizar el tiempo de la infancia*

Ahí está todo, apretado en la corteza de una semilla. Por encima de las especulaciones de otro tipo, que sin duda pueden realizarse, y que abarcarían metafísica y sociología, aquel es el punto de fricción. La cuestión del tallercito está íntimamente ligada a esto. Un amigo me decía a propósito: «Tanta mala sangre, ¿viste?, y al final quiere poner un tallercito.» Lo decía en el sentido de que él, personalmente, siempre lo había predicado con el ejemplo de no hacerse mala sangre ni suscitar «complicaciones» con la vida; lo del tallercito de Sábato venía a reforzarlo. Naturalmente, no podía imaginar que a dicho tallercito se llega después de haber atravesado descalzo el Valle del Hombre. ¿Quién dijo: sólo quien ha conocido lo más hondo ama lo más simple? No confundir entonces con la evasión facilona de quien ha pasado por encima de la vida y eso —¡solamente eso! lo ha llevado al extremo de la fatiga. En Sábato el tallercito es un retorno, una aspiración a lo irrecuperable, una manera de «paralizar el tiempo»; él lo llama «la fantasía de siempre». Algo similar a la búsqueda de Henry Miller, que deseaba convertirse en un ser más y más infantil y llegar más allá de la infancia, pero en la dirección contraria, siguiendo exactamente lo opuesto a la línea normal de desarrollo, pasando a un reino superinfantil, absolutamente loco y caótico, pero no loco y caótico a la manera del mundo que nos rodea. Al volver y atravesar el primitivo y brillante mundo que conoció de niño, Miller

no desea descansar allí, sino fortalecer sus músculos. Porque yo creo, y en el caso de Sábato lo reafirmo, que todo escritor es un niño con la permanente conciencia de haber sido traicionado. Y como el niño-hombre se ve de pronto envuelto en aquella traición, al interrogarse sobre qué cuota de culpa debe asignarse a sí mismo cuando el Mal lo acecha por los cuatro costados, es natural que comience su gran duda:

*¿Quién persigue a quién?*

Sábato es un perseguidor empeinado y en esa gran carrera contra los elementos devastadores del ser humano que es *Abaddón*, la agitación al límite propone algo paradójico: por un lado el vaticinio de la Hecatombe; por otro, el acto mismo de escribir, que esconde una esperanza y anuncia, a la postre, el advenimiento de una nueva era. Si el escritor semeja a Dios por asumir el acto de crear, en esta novela Sábato es un dios que se codea con los hombres, que se entrega a ellos, y ellos lo someten a la burla o a la piedad. Pongamos por caso: Quique se mofa de algunas tesis del «maestro Sábato», con aquella agudeza que tiene un aire de equívoca frivolidad. En seguida el escritor recurre, por intermedio de Bruno, a una suerte de autopiedad, cuando por ejemplo éste imagina a Sábato observando su cara frente al espejo. En ella

habían ido dejando sus huellas los sentimientos y las pasiones, los efectos y los rencores, la fe, la ilusión y los desencantos, las muertes que había vivido o sentido, los otoños que lo entristecieron o desalentaron, los amores que lo habían hechizado, los fantasmas que en sus sueños o en sus ficciones lo visitaron o acosaron.

Ya he dicho que toda novela es autobiográfica, aun cuando los temas simulen estar muy lejos de los demonios familiares al autor. Uno escribe sobre sí mismo y desde sí mismo, así escoja remontarse en globo, establecer un hospital para tuberculosos en las cumbres nevadas, suscribir pactos con el diablo, poner frente a un poderoso rey la decisión de una niña indefensa o hacer de la Ticonderoga una traga-niños. Son matices de lo mismo. En la literatura de América Latina estos matices se acentúan cada vez más, entre otras cosas en virtud del absoluto distanciamiento entre política y cultura (1).

---

(1) Quizá sea bueno volver a insistir, bien que pienso, con Carlos Fuentes, que la nuestra, junto con la de Europa central, constituyen uno de los polos actuales de la imaginación literaria del mundo. Las condiciones político-imperialistas son semejantes en efectos de fondo.